

# Raíces en el Equipaje

## FRAGMENTO VI

Sigo revisando mis diarios de antaño:  
MINA DEL KAMI, 1917

El nuevo año no trajo buenas noticias del frente de guerra. Las cartas de mis seres queridos se notan cada vez más desoladas. Muchas veces pasan semanas sin recibir ni una línea, lo cual me produce ansiedad. Mi hermano Heinrich cayó prisionero de los franceses, y se encuentra herido. Antes de esto, había tenido una crisis nerviosa, debido a la constante exposición al ruido de combate. Mi hermano Otto, en cambio, enfermó de malaria en Macedonia. ¡Queridos y añorados hermanos! Cuántas veces discutimos por nimiedades, que ridículas me parecen ahora. ¡Si tan sólo pudiese estar a su lado! Con indescriptible nostalgia siento que algo se comienza a interponer entre nosotros: el horror de la guerra, que yo sólo puedo adivinar, y que se apodera de ellos cada vez más. ¿Qué importancia tienen mis mediciones, mi trabajo, mi vida entera ahora? ¿Qué les podré contar de mí? ¿Tendrán algún interés en escuchar mi historia?

Nuevamente surgió en mí un deseo irrefrenable de regresar a casa, y la imposibilidad de hacerlo me produce un terrible dolor. Me cuesta conciliar el sueño, y muchas veces acudo a la pobre Plácida para lograr alguna paz interior. Ella, con su suave voz me relata historias de sus antepasados, intercalando palabras en su bello idioma. Aunque no entiendo todo lo que me dice, es como oír canciones de cuna, que me logran adormecer. Sin embargo, por las mañanas despierto de nuevo con un peso sobre mi pecho: algo me oprime con fuerza, desgarrándome casi. Tengo ganas de llorar a gritos, pero no soy capaz de emitir ni un solo sonido. Me siento, y respiro con dificultad. Plácida siempre se da cuenta de mi estado emocional, y, sin decir una palabra, me consuela a su modo.

## EL FIN DE LA GUERRA, 1918

Casi sentí un alivio cuando supe del final de la guerra. A pesar de la derrota de Alemania, al menos ya no tendría que seguir temiendo por mis seres queridos. Eso fue lo primero que pensé cuando recibí la noticia, que sólo confirmaba lo que hace meses yo ya había anticipado:

- ¡Estalló una revolución en Alemania! ¡El Kaiser tuvo que dimitir! El médico del policlínico fue el encargado de gritarme la novedad. En su voz se notaba un dejo de alegría; no podía disimular que no era partidario de los alemanes.

- ¿Qué piensa hacer ahora? - siguió inquiriendo con curiosidad.

- Nada, todo seguirá como hasta ahora.

Traté de parecer lo más tranquilo posible. No podía negar que se me derrumbaba todo un mundo. Cuando comenzó la guerra, pensé: "Si Alemania llega a perder, no quiero vivir ese momento". Y bien, el momento ha llegado, y tengo que vivirlo.

Por un tiempo seguimos trabajando como siempre, tal como se lo había dicho al médico. En apariencia, nada ha cambiado. Pero los procesos siempre van por dentro, y debo reconocer que por las noches a veces me siento junto con mi amigo Harms, a beber pisco y "arreglar el mundo" a nuestro modo. Parece que estamos bastante atrapados por la bebida; tendré que salir de aquí antes de terminar alcohólico.

Lentamente ha vuelto a normalizarse el correo; durante muchos meses tuvimos grandes problemas para comunicarnos. Me enteré de que mis hermanos habían regresado a Greiz. ¡Qué alivio sentí al saber que ya había pasado el peligro! Pero ahora las cartas de mis padres tienen un sabor amargo y denotan gran desazón. No pueden acostumbrarse a los nuevos tiempos, la posguerra se les hace más difícil que la guerra misma. Todavía hay hambre y escasez de todo tipo. Pero esto no es lo que más les preocupa: es la falta de valores y la deshonra. Ahora reina el oportunismo: los ubicados de siempre, sin orgullo ni sentido patrio, se están enriqueciendo a costa del



aufriente de toda una nación. Entendí un poco más lo que leía entre líneas en las cartas, cuando comenzaron a llegar los primeros alemanes a probar fortuna después de la guerra. Entre ellos y nosotros hay un abismo. Nos quedamos estancados en la Alemania Imperial, con todas sus normas y costumbres. En cambio, ellos han perdido la guerra, y junto con ella todos sus valores, e incluso, la moral. Me doy cuenta de que nuestro pueblo se está deshonorando y que los malos elementos se aprovechan de la situación. Hubo un cambio de bandera, ya nadie quiere identificarse con el Imperio. Así, se reemplazó el rojo, blanco y negro por rojo, amarillo y negro. Estos eran los colores propios de la bandera del linaje de los Reuss (nuestro querido principado), por lo que no me desagradan. Pero es muy triste saber que la bandera antigua ya no existe.

En mi trabajo también he comenzado a sentir que pertenezco a un pueblo derrotado. Muchas veces tengo que soportar burlas a mis espaldas. No se atreven a emplazarme en forma directa, porque de todos modos sigo teniendo autoridad. Pero se respira un aire muy cargado, y la idea de regresar a mi patria está tomando cada vez más fuerza.

El último año que pasé en el Kami, no hice muchas anotaciones en mi diario. Recuerdo lo

siguiente:

Pasó a un año entero antes de que pudiese concretar mis planes de viaje. Tenía que terminar el trabajo comenzado en el Kami; además preferí esperar que las cosas se calmasen un poco más. Este último año fue el más tranquilo en mi trabajo. El robo de tungsteno se acabó por completo; la mina funcionaba muy bien con todos los adelantos que se le fueron agregando. Pero ya no trabajé con tanto entusiasmo como al comienzo: mi corazón comenzó a despedirse, mi mente se estaba preparando para volver a la patria.

En mayo de 1920 por fin llegó el día de partir. El señor Harms viajaría conmigo, así lo habíamos planificado. Hace meses ya que estábamos despidiéndonos de los amigos, parecía una fiesta sin final. Una soleada mañana de otoño nos encontramos sentados en las mulas, listos para recorrer los cien kilómetros que nos separaban de Oruro. Pero no llegamos muy lejos, pues en el pueblo minero nos bajaron, para seguir despidiéndonos. Era necesario tomar el "trago del estribo" en la pulpería. Mi querida Plácida nos acompañó hasta la puerta, y por largo trecho todavía pude ver su figura apoyada en el marco, me seguía con la vista. Así, se perdió en la lejanía, y así se me quedó grabada por siempre en la memoria. Le prometí volverla a emplear a mi regreso, pero la muerte impidió el poder cumplir con mi promesa.

De este modo terminó mi época del Kami. La recordaré siempre con gran cariño. Nunca más me entregué tanto a un trabajo. Nuestro viaje de regreso se convirtió en una eterna despedida; además de los amigos, le decíamos adiós a la juventud y la soltería. Ambos teníamos planes para casarnos: era uno de los propósitos que nos movían a regresar a la patria. Viajamos en etapas: primero pasamos por Cochabamba; luego por Oruro, y seguimos hasta Atocha. Desde allí cabalgamos durante tres días hasta la frontera con Argentina. Durante esa cabalgata el ánimo festivo de las despedidas se fue esfumando para dar paso a meditaciones más profundas, sobre todo cuando observábamos el cielo. Las estrellas se mostraban en todo su esplendor en aquellos parajes solitarios. ¡Qué infinitas y lejanas se veían! El planeta Marte parecía dominar sobre los otros, con su luz rojiza. Nos recordaba que durante cuatro años su dios, el de la guerra, se había adueñado de gran parte del mundo. De pronto tuve una certeza cruel: mi mundo, el de mi infancia y juventud, ya no existía. ¿Cómo sería el nuevo, el que tendría que surgir de las cenizas? Fue como si el viento helado de la cordillera penetrara en mi corazón. Me invadió un temor incierto, una sensación desolada, que me acompañó durante el resto del viaje.

(Continuará)

REGINA VOGT BREHM, (1954, Oruro de Chile). Poeta y escritora.